



Análisis Filosófico

ISSN: 0326-1301

af@sadaf.org.ar

Sociedad Argentina de Análisis Filosófico  
Argentina

MORETTI, ALBERTO  
REFERENCIA, ESTRUCTURAS Y UNIVERSALIDAD EXPRESIVA  
Análisis Filosófico, vol. XXXI, núm. 1, mayo, 2011, pp. 89-103  
Sociedad Argentina de Análisis Filosófico  
Buenos Aires, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=340030303007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica  
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# REFERENCIA, ESTRUCTURAS Y UNIVERSALIDAD EXPRESIVA

ALBERTO MORETTI

Universidad de Buenos Aires - CONICET

## Resumen

Gregorio Klimovsky argumentó en contra de los análisis sintacticistas de la noción de lenguaje. En este trabajo se examinan sus argumentos, destacando su vínculo con las discusiones recientes sobre universalidad expresiva, y se plantean algunas réplicas atendibles. Luego se adopta un enfoque general de la cuestión que resulta incompatible con el sintacticismo estricto pero que permite una reformulación aceptable, vinculada con una idea minimalista sobre el alcance de la teoría semántica.

**PALABRAS CLAVE:** Significado lingüístico; Sintacticismo; Universalidad expresiva.

## Abstract

Gregorio Klimovsky argued against syntactical analyses of the notion of language. In this paper I examine his arguments, noting their links with recent discussions of universal expressibility, and raise some plausible objections. Afterwards I adopt a general approach to the issue which is incompatible with strict syntacticism but allowing an acceptable reformulation, associated with a minimalist notion of the scope of the semantic theory.

**KEY WORDS:** Linguistic meaning; Syntacticism; Universal expressibility.

## I.

¿Hay algo de carácter *prima facie* no lingüístico con que se relacionen las expresiones ‘griega’, ‘Jantipa’ y ‘Jantipa es griega’, que importe para sus significados? Bien, ‘griega’ se aplica a (entidades) griegas, ‘Jantipa’ refiere a Jantipa y ‘Jantipa es griega’ es verdadera si y sólo si Jantipa es griega. Tener un lenguaje al que pertenezcan esas expresiones, entenderlo, comprender los significados que expresa, implica saber usar sus estructuras sintácticas. Y si el saber usarlas manifiesta plenamente la posesión de ese lenguaje, la capacidad de intelección de lo que se dice con él, ¿qué “explicación” del significado

de esas expresiones (o, en general, de un conjunto básico de expresiones al que tal vez pertenezcan algunas de las usadas en el ejemplo dado) formulada en ese mismo lenguaje, sería más adecuada que la anterior (es decir, tan precisa como ella pero menos sujeta a controversia)<sup>1</sup>? Sin duda, quien sabe cómo usar la palabra ‘griega’ sabe, de modo implícito y obvio, que esa palabra le permite referirse a entidades griegas. Y eso le basta para determinar explícitamente su significado, para “justificar” su pretensión de estar usando correctamente esa palabra. Como le bastaría para creer que quien la aplicase a cualesquiera piezas de ajedrez no entiende su significado. Cualquier justificación más “sustantiva” le resultaría cuestionable, y esa “justificación” casi trivial, suficiente (palabras como ‘nosotros’ hacen ver que la explicitación no siempre resulta tan obvia). Si sabemos lo que significa ‘conejo’ ¿qué auto-explicación del uso de ‘conejo’ sería mejor que decir que ‘conejo’ nos hace hablar de conejos?; para quien entiende el castellano, ¿a qué refiere “refiere” sino al referir?

Por tanto, empleando un particular lenguaje L, no parece tener sentido pretender una comprensión de las relaciones de ese lenguaje con lo que, no siendo L, eventualmente condiciona “su uso”, si al hacerlo se buscara obtener un tipo de comprensión como la que habitualmente conduce a la producción de una teoría. Esto es, si se quisiera proponer un discurso explicativo o aclaratorio formulado en términos y principios más básicos, mejor comprendidos, más confiables, o por lo menos diferentes de aquellos que se piensen problemáticos. Establecer o dar cuenta de “la semántica de L” en L, no parece ser, entonces, la construcción de una teoría. Trivialidades como las citadas explicitan de modo teóricamente vacuo, aunque tal vez pragmáticamente útil<sup>2</sup>, lo que estaba obviamente implícito en la práctica comunicativa<sup>3</sup> de la que el lenguaje L es una

<sup>1</sup> Sobre todo si la explicación incluyese como componente no trivial un procedimiento sistemático para generar todas esas casi-trivialidades.

<sup>2</sup> Porque pueden contribuir a consolidar cierto modo de comportarse lingüísticamente. En particular, “trivialidades” vinculadas con palabras semánticas como ‘refiere’ o ‘es verdadera’ gravitarán en el afianzamiento o modificación del aspecto normativo de esa práctica. Por otra parte, las “reglas semánticas” han de formar un sistema y el sistema no tendrá el mismo grado de “evidencia”, ni el intento de explicitarlo el mismo grado de “trivialidad”, que algunos de sus componentes (*cf.* por ejemplo, las semánticas tarskianas). Además, que una explicitación de la semántica de L tenga peso en la conformación de la práctica de hablar acerca del mundo muestra que contribuye a ver (el lenguaje y el mundo), y eso permitiría decir, con algo de etimología, que tiene cierto tipo de valor teórico.

<sup>3</sup> Esta referencia a la práctica no implica un convencionalismo contingente acerca de la estructura abstracta de los lenguajes históricos.

abstracción. No es que no podamos decir que ‘Jantipa’ refiere a Jantipa, ni que no podamos desarrollar una teoría de la referencia, por ejemplo en términos de cadenas histórico-causales. Las observaciones anteriores intentan señalar un aspecto diferente de eso que empezamos viendo como el hecho de la comprensión lingüística<sup>4</sup>. Aspecto derivado de que toda teoría, toda representación lingüística, todo hablar sobre algo, en particular sobre una relación, presupone lo que llamamos “relaciones semánticas”: sin ellas la teoría no sería posible. El enunciar está constituido por esas “relaciones semánticas” y, derivativamente, también lo están los conceptos intervinientes en las enunciaciones, por ejemplo el concepto de relación. ¿Qué sentido tiene, entonces, la expresión “relación semántica”? Sin las “relaciones semánticas” no es posible la enunciación ni la adquisición del concepto de relación. Y si hay algo sin lo cual no es posible producir enunciados o tener el concepto de relación ¿cómo podríamos considerarlo, sin pérdida, como una relación, o enunciar sobre eso, en el mismo sentido que las palabras ‘relación’ o ‘enunciado’ tienen cuando se aplican en virtud de sentidos parcialmente constituidos por ese algo? Parece “evidente” que existe una diferencia profunda entre ambas clases de relaciones, una diferencia comprometida en la comprensión de la idea misma de comprensión. Pero si no hay otro sentido de ‘objeto’, ‘relación’, ‘enunciado’, que el revelado por la construcción de enunciados, será ilusorio creer que la expresión “relación semántica” refiere. Según esta perspectiva, sin las presuposiciones semánticas, el lenguaje, el hablante y el mundo, como totalidades, no son posibles, ni tampoco podrían presentarse y representarse las circunstancias internas del mundo y del lenguaje. Entonces, si se suspendiesen, esas presuposiciones semánticas no podrían<sup>5</sup> pensarse (en tanto pensar requiera lenguaje) y, si se mantuviesen, estarían presentes de una manera diferente de como lo hacen las circunstancias del mundo y no

<sup>4</sup> Hay un sentido común para el cual tenemos pruebas (ya excesivas) de que la mente/cerebro progresa en su autoconocimiento. Pero si resultara que el sentido importante de ‘comprensión lingüística’ no determinase hecho o ente alguno (por ejemplo porque su función fuese la de propiciar la experiencia de la posibilidad de un hecho o de una enunciación, y esta posibilidad no fuese algo en el mundo), resultaría también que esta primera y equívoca aparición del comprender, en términos de hechos, explicaría la tendencia a elaborar discursos con pretensiones de verdad acerca de las condiciones de significación. Discursos que, al tiempo que contribuyesen a facilitar nuestros intercambios, obstaculizarían la advertencia de aquella posibilidad y su poder constituyente del sujeto hablante, del lenguaje y del mundo.

<sup>5</sup> No habrá que confundir este tipo de condición necesaria “constituyente”, con otro tipo de condiciones necesarias del hablar como la presencia de oxígeno en la atmósfera.

podrían, consiguientemente, representarse *en tanto tales* en el mismo sentido que éstas. Las presuposiciones semánticas, el lenguaje y el mundo como totalidades, no son el tipo de entidad que aparece ante los hablantes. Propiamente, según esto, no existen.

Nada impide pensar el lenguaje o la comprensión lingüística como si fueran objetos o fenómenos del tipo usual, esto es, del tipo que aparece cuando hablamos del mundo, esto es, cuando nos comportamos presuponiendo la comprensión de (al menos algo de) lo que decimos. Incluso nada obsta para que los resultados de ese enfoque ayuden para afianzar la posesión del lenguaje o la capacidad interpretativa<sup>6</sup>. El efecto de las precedentes observaciones<sup>7</sup> no es quitar todo sentido a esa tarea teórica sino, por así decir, modificar la dirección que el hablar teórico-lingüístico imprime a la reflexión, dirigiéndola ahora hacia lo que, tal vez wittgensteinianamente, podría llamarse “el que hay lenguaje/mundo” o, bajo otras influencias, “la apertura de mundo”. Un movimiento paradójico cuando se lo describe como intentar situarse conceptualmente “antes” de las presuposiciones que hacen posible la conceptualización.<sup>8</sup> No me propongo ahora defender la racionalidad de este planteo sino sólo sugerir que objeciones como las formuladas por Klimovsky, que enseguida atenderemos, pueden conducir a que la posición criticada adopte este tono más o menos trascendental, místico u originario, según el ánimo de quien se acerque.

<sup>6</sup> Para algunos, el interés de abordar el habla de este modo estará ligado con que tal tarea involucre la elaboración y examen de conjeturas alternativas acerca de cuáles enunciados pueden aproximarnos mejor a una caracterización o manejo correctos de la sintaxis. Conjeturas que incluso permitan desbaratar como pseudo-problemas algunas preguntas filosóficas (como hizo Russell con la cuestión de la subsistencia de los objetos meramente posibles). Lo que otros llamarían: construcción de teorías semánticas alternativas.

<sup>7</sup> ¿Qué status tienen esas “observaciones”? Decir que hay usos oracionales que son pseudo-enunciados (por ejemplo: “Sócrates cae bajo el ser griego”) o que hay palabras que son pseudo-nombres de conceptos (por ejemplo: “x es verdadera”) ¿es realizar uno de esos usos o es una afirmación teórica? Si es lo segundo entonces forma parte de una teoría semántica. Si no lo es, al enunciar esa oración, más que creer algo lo que hacemos es dejar de creer algo y retirar la idea de creencia para entender lo que sigue a la comprensión de esos usos. Pero ¿por qué no es lo segundo? Si luego de entenderla *creemos* que no hay que usar la noción de creencia para entender lo que hacemos al aceptarla, ¿por qué diríamos que no es un enunciado teórico o con pretensiones de verdad? Y parece más difícil dejar de usarla que empezar a creer que no deberíamos usarla.

<sup>8</sup> Como continuidad de ese estado reflexivo pueden redactarse textos teóricos para representarlo o textos poéticos para invocarlos. Variaciones del fracaso.

Consideremos ahora el siguiente argumento<sup>9</sup>:

- (1) Si en L queremos hablar de las relaciones de L con el mundo debemos presuponer esas relaciones, entonces, o bien es imposible enunciar con sentido acerca de esas relaciones o bien sólo podremos enunciar trivialidades. Por ende,
- (2) La única caracterización teóricamente útil de un lenguaje L es en términos de estructuras sintácticas<sup>10</sup>. Por ejemplo, como un par ordenado formado por un conjunto de estructuras sintácticas llamadas oraciones y una relación que lo sistematice, quizás la relación de consecuencia sintáctica:  $\langle \{ \text{oraciones de L} \}, \vdash \rangle$ . De modo que,
- (3) El significado de los componentes de L depende únicamente de (la totalidad de) las relaciones que determinan la estructura (y no de eventuales nexos con entidades externas a L). Depende de la “estructura” y no de la referencia.
- (4) Esa estructura sintáctica puede aplicarse a la realidad pero la aplicación no modifica los significados.
- (5) Conocer es aplicar un lenguaje, entonces conocer es imponer una estructura sintáctica a algo que o bien no tiene estructura o tiene una estructura propia inaccesible.

La primera premisa es lo que Klimovsky llamó “tesis internalista” (cf. Klimovsky 1982, p.83); el conjunto 2-5 es el meollo de una concepción sintacticista del lenguaje que tuvo y tiene muchos defensores y que él rechazó<sup>11</sup>.

## II.

Su rechazo de (2) y (3) consistió, en primer lugar, en señalar que es legítimo construir diversos significados de ‘significado’ según cuáles objetivos teóricos se tengan. Y cuando el objetivo es estudiar la ciencia, actividad que “tiene por objeto transmitir o brindar información acerca del mundo, entonces el significado que interesa es el semántico y no el interno” (Klimovsky 1984, p.95). El significado en este sentido queda

<sup>9</sup> Lo que sigue es una modificación del argumento examinado en Klimovsky (1982).

<sup>10</sup> El uso efectivo de las estructuras sintácticas puede describirse sin apelar explícitamente a “relaciones semánticas”, y esta descripción puede permitir inferencias hacia usos posibles de esas estructuras sin recurrir tampoco a esas relaciones.

<sup>11</sup> Klimovsky (1984)

determinado por la vigencia de reglas semánticas que “conectan las unidades (y grupos de unidades) [del lenguaje] con entidades y situaciones extralingüísticas” (Klimovsky 1984, p.94). En segundo lugar, acudiendo al teorema de Skolem-Löwenheim, señaló que la mera estructura sintáctica de una teoría expresada en un lenguaje de primer orden<sup>12</sup> no es capaz de determinar el significado o contenido intuitivo de los conceptos que utilizamos en nuestras teorías (por ejemplo la aritmética) aún cuando pudiera recuperar como teoremas todas las verdades que nos interesan del ámbito estudiado. Esto es, pueden recuperarse sintácticamente esas verdades sin mantener la isomorfía entre la estructura del lenguaje y la estructura de la realidad considerada mediante ese lenguaje y sin fijar siquiera un dominio particular de objetos<sup>13</sup>. Hallando en esto una razón adicional para legitimar un concepto de significado que dependa no sólo de la estructura sintáctica sino también de la determinación de la estructura referencial asociada. Esto implica la negación de la tesis (4). Desde luego también abre la cuestión de cómo sino mediante un  $L^*$  se determinará ese nexo entre el lenguaje  $L$  y el mundo efectivo. Y el caso filosóficamente más importante se da cuando  $L = L^*$  o  $L^* \subseteq L$ .

Respecto de (5) sostuvo dos críticas. La primera: si la tesis no es falsa entonces es verdadera sólo relativamente al lenguaje en el que se la formula, pero entonces para “rechazarla” o, al menos, para no tenerla, bastaría con cambiar a un lenguaje en el que fuera falsa, esto es, uno cuya estructura impusiera esa falsedad. La segunda: para que una estructura lingüística provea un discurso con valor cognoscitivo, este discurso debe estar suficientemente determinado (no sujeto a obvias ambigüedades o contradicciones). “Esto quiere decir que los elementos e interrelaciones que constituyen la estructura del lenguaje usado deben darse con un grado aceptable de claridad. [...] Pero esta exigencia implica que poseemos la posibilidad de conocer exactamente las reglas y nexos que constituyen el lenguaje.” (Klimovsky 1984, p.97) Según la tesis (5), ese conocimiento de las reglas del lenguaje  $L$  en que se formula la tesis (5) debe ser relativo a un metalenguaje. Pero, bajo la presión de la tesis (1), esto conduce a un regreso que impide alcanzar el ahora indispensable conocimiento de la estructura de  $L$  (requerido para justificar el deseo de conocer el mundo).

<sup>12</sup> Es de suponer que la incompleción de la lógica de segundo orden le parecía suficiente razón para privilegiar los lenguajes de primer orden.

<sup>13</sup> Es de suponer también que la sola posibilidad de permutaciones, en el dominio de discurso, que preservan el conjunto de oraciones verdaderas manteniendo isomorfía, le habría parecido suficiente motivo, en nombre de los significados intuitivos, para rechazar el enfoque sintacticista.

### III.

Estas cuatro críticas pueden criticarse. La primera objeción a (2)-(3) supone que hay algún modo diferente de la aplicación de L para determinar la estructura del mundo o de la parte de mundo de la que querríamos hablar en una ocasión de uso informativo de L. Porque (2) y (3) actúan junto con (5) y entonces, socavar (2)-(3) es tanto como abrir la posibilidad de que el mundo “se muestre” reacio a adoptar la estructura que el lenguaje “quiere” imponerle. Pero sólo mediante una determinación de esa estructura mundanal que fuera independiente de L podríamos advertir que la estructura del mundo sobre el que habla el discurso formulado con L no es isomórfica con la estructura del lenguaje L. Pero esto implica negar la tesis (5), no argumentar contra ella. La segunda crítica es un modo de la primera y su réplica consiste en observar que el sostenedor de la tesis (5) pretenderá que la situación descrita: dos estructuras mundanas, no isomórficas, tales que la estructura de L no puede distinguirlas, es compatible con que el metalenguaje en el que se describe la situación sea el que impone la posibilidad de esas dos estructuras no isomórficas, que son extralingüísticas respecto del lenguaje objeto pero intralingüísticas respecto de ese metalenguaje. Y el problema se traslada a la semántica de este metalenguaje planteándose, finalmente, la cuestión de la auto-aplicabilidad: cuando el metalenguaje semántico es parte del lenguaje-objeto. Esta cuestión es fundamental en parte porque refleja la circunstancia de que el mismo hablante de un lenguaje cuya semántica pretende aclarar o describir de un modo que le permita adquirir un conocimiento que no tenía y que no es obvio, es quien querrá hablar un metalenguaje para lograr ese propósito.

Hay un supuesto, común a las objeciones examinadas, que también es pasible de discusión: la suposición de que tiene sentido la idea de *un* significado y/o una referencia determinados por nuestra actividad de construir teorías o discursos con pretensiones de verdad. Pero aquí no entraré directamente en esta discusión. Como corolario de que estas réplicas se acepten se diluyen los motivos expuestos para el rechazo de la tesis (4). Las réplicas se apoyaron en la tesis (5), veamos entonces por qué Klimovsky la rechazó.

La primera crítica planteada a (5) supone que, dado el lenguaje que tenemos y en el que formulamos dicha tesis, podemos también pensar (no sólo decir haber pensado), en ese lenguaje, que puede haber una estructura lingüística que no determine totalmente la estructura del mundo. Pero la tesis (5) pretenderá aplicarse a los conceptos de lenguaje



y de mundo que podemos tener cuando tenemos el lenguaje que nos permite formular la tesis (5). Y esos conceptos, sostendrá el defensor, están caracterizados por la tesis (5). De modo que, contra las apariencias, no podemos pensar un lenguaje que la contradiga.

La segunda crítica a (5) parece confundir una afirmación aceptable: “que los elementos e interrelaciones que constituyen la estructura del lenguaje usado deben *darse* con un grado aceptable de claridad” (Klimovsky 1984, subrayado mío), con una afirmación criticable: “poseemos la *posibilidad de conocer exactamente* las reglas y nexos que constituyen el lenguaje” (Klimovsky 1984, subrayado mío). En efecto, podría sernos imposible conocer exactamente esas reglas y sin embargo podrían existir y guiar nuestra conducta lingüística hacia eso que llamamos conocimiento. Esto es, el conocimiento requiere que el lenguaje esté suficientemente determinado pero no requiere que conozcamos, también, las características de esa determinación. Sin embargo, Klimovsky podría replicar que si alcanzamos algún conocimiento estructural del mundo, esto es, si vamos a seguir admitiendo que algunos de nuestros discursos tienen valor cognoscitivo (y él quiere admitirlo), entonces si, como dice la tesis (5), toda estructura que “encontremos” en el mundo habrá sido impuesta por el lenguaje, los discursos que aceptemos como dando conocimiento estructural del mundo permiten reconstruir de modo suficientemente exacto la estructura de nuestro lenguaje. De modo que, después de todo, debemos poder conocer de modo suficientemente exacto la estructura del lenguaje en que exponemos nuestro conocimiento. Pero la subsiguiente objeción de Klimovsky según la cual esto conduce a un regreso infinito y vicioso, depende de la tesis de que sólo mediante un metalenguaje podríamos alcanzar ese conocimiento. Si la razón implícita para sostenerla fuera algo como el teorema de Tarski acerca de la definibilidad del predicado veritativo, eso no parece suficiente para generar un regreso vicioso. Pues de lo que aquí se trata es de la reconstrucción de la estructura sintáctica del lenguaje en que se formula tesis (5). Y hasta allí no llegan los efectos de ese teorema que supone, precisamente, que conocemos la sintaxis del lenguaje objeto. Si el motivo fuera simplemente que hablar de la estructura sintáctica de L requiere hacerlo en cierto L' del cual tendremos que conocer su estructura sintáctico-semántica, y para ello necesitamos un L", etcétera, entonces el problema que Klimovsky señala reside en que cualquier interrupción del regreso contradice la tesis (5) porque implica conceder valor absoluto (no relativo a un lenguaje) al conocimiento de ciertos hechos sintácticos y semánticos. Sin embargo, cualquier interrupción tal podría justificarse relativamente

a la adopción acrítica de la estructura lingüística representada trivialmente (“Jantipa” refiere a ‘Jantipa’ y ésta a Jantipa; “x refiere a z” refiere a ‘x refiere a z’ y ésta se aplica a los casos en que x refiere a z, etc.). Siguiendo este camino ya en el primer paso, no hay regreso alguno<sup>14</sup>. Por otra parte, para decir en un metalenguaje cuál es la semántica de un lenguaje L, ese metalenguaje debe tener una semántica en lo esencial parcialmente idéntica a la de L, pues en el metalenguaje deben poder nombrarse, por ejemplo, los objetos o conjuntos de objetos referidos por los nombres propios y comunes de L. Pero ese era, precisamente, parte del problema de establecer la semántica de L.

En este punto podemos considerar que la discusión entró en situación incierta. Si la refutación de (2), buscada por Klimovsky, todavía no se consumó, por lo menos se elevó la posibilidad de un concepto diferente de lenguaje y significado (un concepto semántico) que, por otra parte, parece más afín con el sentido común de los hablantes, tanto en momentos ordinarios como en momentos científicos. Es hora pues, de considerar la premisa (1), que se presenta como un motivo independiente para sostener (2).

Klimovsky también criticó esa premisa “internalista” entendida como:

[la] tesis según la cual nosotros estamos dentro de estructuras, y por consiguiente dentro de las estructuras podemos hablar acerca de lo que está formando parte de esa estructura, de los elementos de esa estructura. Pero no podemos hablar sobre la estructura misma y la forma porque eso implicaría, de alguna manera, salirse fuera de la estructura (Klimovsky 1982, p.83)

Resuena aquí una conocida observación contra la verdad como correspondencia. Podemos identificar independientemente a Jantipa y a Sócrates y luego decir que ella está junto a él. También a las expresiones ‘Jantipa’ y ‘es griega’ y luego decir que están juntas. Pero no podemos identificar inequívocamente el hecho de que Jantipa es griega sin emplear la oración ‘Jantipa es griega’. Por ende, no podemos contemplar “desde fuera” de las oraciones los hechos independientes de las oraciones que pretendemos las verifican. Otro conocido ejemplo está en el *Tractatus*. Según el cual, Klimovsky señala:

<sup>14</sup> Más que regresos ominosos, lo que en estos asuntos preocupa y atrae son los círculos, posiblemente viciosos, que aspiran a ser iluminadores y se arriesgan a la sencilla futilidad. (¿O eran sutiles espirales vistas desde abajo?)

Los objetos están explícitamente mencionados por las palabras y los modos de articulación también están explícitamente representados por modos de articulación de los componentes lingüísticos. Pero [...] el isomorfismo entre el lenguaje y el mundo [...] trasciende el poder expresivo del lenguaje mismo. [...] El lenguaje puede dar cuenta de los hechos del mundo, pero la correspondencia misma de los hechos del mundo y los hechos lingüísticos está fuera de sus posibilidades descriptivas (Klimovsky 1982, p.84)<sup>15</sup>

Al argumento o a la fama de Wittgenstein se unen los célebres resultados de Gödel, Tarski y Church,<sup>16</sup> según los cuales el poder expresivo y deductivo de lenguajes con suficiente riqueza expresiva como para representar la aritmética está esencialmente limitado. En particular, dan precisión a la tesis de que hay verdades acerca de una estructura a las que sólo puede accederse desde fuera de ella. Y lleva a creer que lo que puede estar inscripto en la sintaxis de un lenguaje es siempre insuficiente para recobrar todas las verdades expresables en ese lenguaje. En esos lenguajes,

Hay fatalmente proposiciones que son verdaderas desde un punto de vista externo al lenguaje, pero, aún siendo ciertas, el lenguaje no llegaría a poder demostrarlas como verdaderas, verificarlas. (Klimovsky 1982, p.86)

Pero, siguiendo a Russell, podemos pensar en una jerarquía de lenguajes,

<sup>15</sup> Klimovsky manifiesta cierto desconcierto ante esta tesis (la primera frase elidida en la cita anterior es “Wittgenstein agrega algo extraordinario, y es que”) y la inmediata posibilidad de la jerarquía de lenguajes refuerza su impresión. Se sentiría menos perplejo quien insistiese en que entender un decir algo no es decir su significado, es ver, tener o apropiarse de su significado. Entender P no es decir *qué* significa P, sino “experienciar” tanto su significado como *que* significa. “Experienciar” *que* P significa hace posible entender *qué* significa. *Qué* significa presupone *que* significa, que es posible su significado. Pero no como dudosa inferencia desde la comprensión de P hasta algo que fuese aquello que hace posible esa comprensión, ni siquiera como inferencia desde la comprensión de P hasta la posibilidad de comprender P, sino como el que comprender P muestra que P es comprensible. Por supuesto, para muchos, esto sólo es la sustitución de una perplejidad por otra mayor.

<sup>16</sup> Puede tratarse de una asociación ilícita producto de una semejanza superficial entre diferentes casos de limitación expresiva que sugiere, discutiblemente, que la idea de jerarquía de lenguajes brinda una solución común. Si para alcanzar los resultados citados se necesita pasar a un afuera del sistema, es dudoso que esos resultados brinden apoyo a la tesis de que no hay un afuera de cierto sistema notablemente abarcador.

[...] el metalenguaje, sí podría hablar acerca de las relaciones que hay entre lenguaje-objeto y mundo, y en particular del isomorfismo y de las reglas semánticas [...] y si alguien quiere repetir el argumento de Wittgenstein para el metalenguaje, me voy al meta-metalenguaje así sucesivamente. (Klimovsky 1982, p.85)

La consecuencia del argumento de Wittgenstein y de los teoremas de limitación no es entonces, como sugiere la tesis (1), la “inefabilidad” de la semántica:

[...] *ningún lenguaje*, ningún metalenguaje *es totalmente exhaustivo*, no obstante lo cual, cualquier estructura, cualquier relación y cualquier correspondencia podría sin embargo ser pasible de ser descripta por un lenguaje de la jerarquía. (Klimovsky 1982, pp.85-86)

Una cosa es afirmar que hay problemas de los cuales no se podrá hablar nunca, y otra es reconocer que no hay lenguaje que plantee y solucione todos los problemas pero que *todos los problemas son atacables desde algún lenguaje*. (Klimovsky 1982, p.86)

Como se ve, esta es la posición que Hintikka ha venido defendiendo desde los años ochenta<sup>17</sup> en una serie de trabajos, propios y en colaboración, encaminados a desacreditar el punto de vista universalista sobre el lenguaje asociado con la tesis (1), y en favor de un enfoque del lenguaje inspirado en la teoría de modelos que, siguiendo a Van Heijenoort<sup>18</sup>, llama “del lenguaje como cálculo”<sup>19</sup>.

Según esto, dada cualquier expresión  $E_1$ , es posible dar su significado de manera no trivial, en particular asignarle algunas reglas semánticas, mediante otra expresión  $E_2$ , en otro lenguaje eventualmente

<sup>17</sup> Posición cuyo origen contemporáneo se sitúa, seguramente, en la introducción que Russell escribiera en 1921 para el *Tractatus*. Una de cuyas fuentes pudo haber sido la sencilla pregunta: ¿cómo pueden verse en la práctica de habla, e inscribirse luego en la propia sintaxis, las condiciones de uso significativo (o siquiera ver que ha de haber condiciones tales) de un modo que impida decir lo que se ve? Claro que Wittgenstein creyó ver, y dijo, que todo esto es producto de una horrenda incomprensión de su pensamiento.

<sup>18</sup> van Heijenoort (1967).

<sup>19</sup> La oposición entre ambos enfoques del lenguaje aparece en: Hintikka, J. “Semantics: A revolt against Frege”, en Floistadt (ed), *Contemporary Philosophy. A new survey*, Vol. I, M. Nijhoff, 1981. El rechazo de la inefabilidad de la semántica a favor de su inexhaustibilidad aparece en: Hintikka, “Is truth Ineffable?”, en Scardona (ed), *Les Formes Actuelles du Vrai: Entretiens de Palermo*, Palermo, 1989. Estos, junto con otros artículos sobre el tema (posteriores a 1984) se compilan en Hintikka (1997).

de mayor poder expresivo que aquél al que  $E_1$  pertenece. Por otro lado, si se dieran todos los significados de las expresiones de un lenguaje utilizando ese mismo lenguaje, sólo el significado de una parte de sus expresiones tendría que darse de modo trivial. Pero ninguna expresión particular estaría condenada a sufrir este tratamiento “trivializador”. Por tanto, incluso dentro de  $L$ , la semántica de  $L$  no es inefable ni trivial, sólo es “inagotable” en  $L$ .

#### IV.

Pero preguntemos, tal como hicieron otros en situación parecida<sup>20</sup>, ¿en qué lenguaje decimos que para todo lenguaje  $L$ , existe un lenguaje  $L^*$  en el que se define su semántica? Tendrá que ser un lenguaje con el que se puede entender todo lenguaje y describir su semántica. Para poder definir, mediante  $L^*$ , la semántica de un lenguaje  $L$ ,  $L^*$  tiene que poder definir la estructura-mundo con la que se relaciona  $L$ . Simplifiquémosla con el par ordenado  $\langle \{\text{objetos}\}, \{\text{relaciones}\} \rangle$ . Entonces las expresiones de  $L^*$  tienen que tener cierta relación con esa estructura, que debe presuponerse. Así pues, la respuesta a la última pregunta es: cuando decimos que para cada  $L$  existe un  $L^*$  en el que se define la semántica de  $L$ , estamos utilizando un lenguaje  $L$  que permite hablar de todo lenguaje al punto de permitir definir sus relaciones con el mundo. Pero entonces ese  $L$  debe poder definir sus propias relaciones y propiedades semánticas, algo que, según las interpretaciones ortodoxas del trabajo de Tarski es imposible o, en el mejor de los casos, da lugar a una explicitación parcial y trivial (“analítica” y, por tanto, internamente inmodificable). Y, desde luego, ese es el lenguaje del que principalmente nos interesará hablar, porque es un lenguaje en el que estamos intentando explicar el significado en general. La cuestión empeora si mantenemos una concepción holista radical del significado. Otra vez, entonces, no hemos podido refutar la tesis que nos ocupa, la tesis (1). Y esta tesis se ofrecía como apoyo independiente para sostener la tesis (2). Continuamos en impasse.

Y, sin embargo, Klimovsky estaba en lo cierto en su conflicto con cierto tipo de sintacticistas, aunque, me parece, hay otro tipo de esa especie que puede escapar a sus objeciones. Más adelante recordaré una frase incidental en su texto de 1984 a fin de sugerir que él podría estar de acuerdo con (algo de) lo que diré a continuación. Creo que la idea de la constitución sintáctica del significado como conceptualmente previa o

<sup>20</sup> Cf. Black, M. (1946).

<sup>21</sup> Cf. Carnap (1938).

suficiente para la determinación del significado, deriva de una lectura apresurada de las sistematizaciones carnapias<sup>21</sup>. El establecimiento de los sistemas sintácticos es un modo ascético de representar la práctica comunitaria de los intercambios lingüísticos, práctica que incluye la aplicación de criterios de corrección (lo cual supone un grado de reflexión, guiada por fines más o menos explícitos, de los practicantes sobre su práctica) con especial énfasis en los intercambios calificables como informativos. Las estructuras sintácticas así caracterizadas no son el lugar originario de la constitución del lenguaje y los significados, lugar sobre el que luego sería optativo colocar nexos con algo que pudiera llamarse “lo extralingüístico”. Sólo es el lugar epistemológicamente inicial para adquirir un concepto mínimo de lenguaje y significado, por cuanto está poco cargado de conceptos y tesis ontológicas destacadas. Pero la generación práctica de las reglas sintácticas es conceptualmente simultánea con la generación práctica de reglas semánticas, porque el lenguaje se constituye en la interrelación entre la comunidad de personas y las cosas con sus relaciones (entendiendo por personas, cosas, comunidad y relaciones, en esta aproximación fenoménica, lo que cualquier hablante entiende cuando se expone a esas palabras). Una imagen global como esta es la que aparece a cualquier hablante por su mera competencia lingüística. Para clarificar la idea de lenguaje<sup>22</sup> conviene empezar por esta imagen y no, por ejemplo, por la idea de un sujeto cartesiano-husserliano que tiene que constituir un mundo natural y un mundo moral, o por la idea de un mundo dentro del cual hay objetos especiales que hablan, o por la idea de una entidad abstracta, el lenguaje, que pugna por manifestarse en el ámbito sublunar.

Así vista, la estructura  $\langle \{ \text{oraciones } L \}, \vdash \rangle$  no es una definición *ex nihilo* de un lenguaje sino una hipótesis sobre la conducta de habla de una comunidad, o una representación de lo que hace posible ese comportamiento lingüístico<sup>23</sup>. Pero esa conducta normada que llamamos “hablar un lenguaje” ya supone interacciones personales y con cosas relacionadas entre sí, por ende supone una “semántica” que habrá de quedar inscrita en la sintaxis. Las estructuras sintácticas explicitadas, que indican elementos básicos y restricciones que determinan su uso posible, resultan un modo de exhibir la manera en que se habla. El modo como se usen, por ejemplo

<sup>22</sup> Especialmente cuando el lenguaje es lugar inicial de la reflexión filosófica y, por tanto, no se considera sobre la base de alguna posición filosófica previamente explicitada.

<sup>23</sup> Un modo “semántico” de aproximarse a este enfoque lo ofrecería una caracterización conjuntística de las condiciones de verdad de las oraciones que sólo otorgara una función instrumental a los axiomas sobre términos singulares y predicados.

‘Jantipa’ y ‘es griega’, se presenta en la estructura sintáctica caracterizado por restricciones diferenciales que se pretende enunciar diciendo, por ejemplo, que ‘Jantipa’ es un nombre que refiere a un objeto y que ‘es griega’ es un predicado que refiere a un concepto. Variables como ‘x’ o ‘G’ están restringidas para ser reemplazadas, respectivamente, por lo que llamamos nombres y predicados. Así, cada reemplazo correcto muestra sin decir lo que si pudiera ser dicho se diría de este modo: esa expresión es un nombre, refiere a un objeto, o es un predicado y refiere a un concepto. Y los tipos de variables ocupan la función que una pretendida teoría semántica otorgaría a predicados como ‘es un objeto’ o ‘es un concepto’.

Detenerse en esa caracterización mínima de la práctica lingüística permite, por una parte, acentuar la independencia de, o postergar, la descripción de la estructura-mundo, por ejemplo del par <{objetos}, {relaciones}>. Algo deseable dado que una descripción del mundo depende no sólo del mundo sino también de las personas hablantes, esto es, depende parcialmente de la estructura lingüística con la que se quiere representarla<sup>24</sup>, y estamos interesados en ver cuánto de la práctica lingüística, cuánto de las estructuras que esa práctica determina, puede aprehenderse sin depender de alguna tesis muy definida sobre la presunta estructura del mundo. Y hace lugar, por otra parte, a la posibilidad de que nuestra práctica lingüística (en particular la cognoscitiva) no sea suficiente para aprehender una única estructura extralingüística. Esto es, otorga la posibilidad, entrevista en las tesis (1) y (5), de que nuestro conocimiento no determine un único mundo posible. Esta perspectiva, parcialmente sintacticista, remite al abordaje “trivializante” con que empezamos estas consideraciones. Y este abordaje, vimos, tienta a internarse en terrenos muy poco naturalistas. Tentación en la que Klimovsky, seguramente, no habría caído. Porque, en líneas generales, este privilegio aparente de la mera sintaxis puede verse, o bien como la eliminación de conceptos problemáticos como los conceptos semánticos, preservando su núcleo clarificador de una manera compatible con el naturalismo, o bien como la reubicación en un nivel trascendental de la reflexión sobre la semántica de cualquier lenguaje. Algo de esto me gustaría entender cuando Klimovsky dice:

<sup>24</sup> Esto no implica que los entes o los hechos que se reconozcan en el mundo sean de naturaleza lingüística o estén constituidos por el lenguaje. Es compatible con eso pero, al respecto, sólo implica que sin la posesión de (cierto) lenguaje no podría creerse que existen. Implica tal vez, si se quiere hablar así, que la aparición de un mundo como totalidad (por ejemplo, de hechos) está constituida por el lenguaje como totalidad.

Las reglas que estructuran el lenguaje involucran ambos tipos de reglas [sintácticas y semánticas] (a las que habría que añadir —quizás *en un sentido más esencial* aún— las reglas pragmáticas que constituyen los actos del habla [...]). (Klimovsky 1984, p.94, sub. mío)<sup>25</sup>

## Bibliografía

- Black, M. (1946), “Russell’s Philosophy of Language”, en Schilpp, P. (ed), *The Philosophy of Bertrand Russell*, Evanston, Northwestern University.
- Carnap, R. (1938), “Foundations of Logic and Mathematics”, en Neurath, O., Carnap, R. y Morris, C. (eds), *International Encyclopedia of Unified Science*, Vol. I, Chicago, The University of Chicago Press.
- Hintikka, J. (1997), *Lingua Universalis vs. Calculus Ratiocinator*, Dordrecht, The Netherlands, Kluwer.
- Klimovsky, G. (1982), “Metalenguaje, jerarquía de lenguajes”, *Revista Cuadernos del Psicoanálisis*, 12 (2), Buenos Aires, 1982, reimpresso en Klimovsky, G. (2004), *Epistemología y Psicoanálisis*, Volumen I, Buenos Aires, Ediciones Biebel, pp. 71-90.
- (1984), “Significación, lenguaje y metalenguaje”, en *Psicoanálisis (APdeBA)*, N° 1, Buenos Aires, 1984, reimpresso en Klimovsky, G. (2004), *Epistemología y Psicoanálisis*, Volumen I, Buenos Aires, Ediciones Biebel, pp. 91-99. Cf. p. 91.
- van Heijenoort, J. (1967), “Logic as Calculus and Logic as Language”, *Synthese*, 17, pp.324-330.

<sup>25</sup> Hace veinticinco años Klimovsky me dio una copia de este artículo, autografiado con su segura caligrafía. Si él hubiese sido más propenso a escribir y difundir sus ideas, o yo no fuera tan reacio a la lectura, no habría demorado tanto en saber que pensaba estas cosas de las que he hablado. Y tal vez habríamos iniciado una bella conversación. Pero he llegado tarde. Un ejemplo menor de lo que hemos perdido.